



30
(73)

el
FILM
de
HOY

CIVISMO

CHARLES BICKFORD
RICHARD ARLEN
MARY BRIAN



MURPHY, Roly i ROGERS Charles

AÑO 1

NÚMERO 19

EL FILM DE HOY

Publicación semanal de argumentos de películas modernas

Director: FRANCISCO-MARIO BISTAGNE

EDICIONES BISTAGNE

Paseo de la Paz, 16 bis

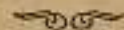
BARCELONA

CIVISMO

(COPY OF THE EAGLE, 1935)

Dramático asunto, interpretado por CHARLES
BICKFORD, RICHARD ARLEN, MARY BRIAN,
JEAN HERSHOLT, LOUISE DRESSER, etc.

Es un film de la prestigiosa marca
PARAMOUNT



Distribuido por
PARAMOUNT FILMS, S. A.

Paseo de Gracia, 91
BARCELONA

Postal regalo: MIGUEL LIGERO

Prohibida la
reproducción

CIVISMO

Argumento de la película

CERVEZA Y FELICIDAD

Pocos hombres tan felices en los Estados Unidos como Otto Hoffman, el propietario de la gran fábrica de cerveza con la marca de su apellido.

Aquel día celebraban una gran fiesta en la fábrica y toda la familia Hoffman, ciertos empleados y el total de los obreros, se hallaban alegremente reunidos.

Lo más atrayente de la fiesta era el concurso que tenía lugar entre los conductores de carros de transportes, y que consistía en una ruda competencia para ver quién cargaba en menos tiempo el mismo número de barriles de cerveza, que los cargadores iban acarreado hasta el vehículo.

Joe, antiguo carretero de la casa, hombre de rasgos enérgicos y miembros torzudos, se hallaba también sobre su carro.

Hoffman, que disfrutaba lo indecible con aquella ale-

gria y aquella compenetración con sus obreros, dió la señal para comenzar la prueba.

Todos los participantes comenzaron con presuroso afán a cargar los barriles sobre los carros, menos Joe que permanecía una mano sobre otra.

El buen Otto fué a decirles:

—¿Qué te pasa? ¿Tú que eres el mejor no tomas parte? He apostado por ti.

Con cierta fanfarronería, a causa de la confianza en sí mismo, Joe respondió:

—Quiero darles diez barriles de ventaja.

Y, a pesar de ello, resultó vencedor en el concurso.

—¡Bravo, Joe!— se entusiasmó Hoffman—. Aquí tienes tu premio.

Y le trajeron, rodando, un barril de cerveza.

Joe Wails brindó:

—¡Salud, papá Hoffman!

Y levantó el barril a pulso para que cayese el líquido ambarino sobre su rostro.

Así, con la felicidad jovial que trae la satisfacción del trabajo, y los negocios prósperos, transcurrían las semanas en aquella fábrica, cuyo volumen de producción y cuyo prestigio le aseguraban su prioridad en el mercado.

Pero aquel matrimonio, Otto y su mujer, unido ejemplarmente a lo largo de todas las vicisitudes de la vida, sufrió el rudo golpe de ver marchar a sus dos hijos a defender el pabellón yanqui en la Gran Guerra.

Aparte de esto, Otto veía que el cielo límpido de la prosperidad, iba empañándose con presagios de densos nubarrones.

En América los negocios volvíanse de espaldas y los efec-

tos de la guerra, como en Europa, también se dejaban sentir.

Una escena de emoción entre los dos esposos era cuando se recibían cartas de los hijos, del frente francés.

Emma, la madre, enternecía y derramaba siempre lágrimas, y él, en medio de su honda preocupación, sólo sen-



Una escena de emoción entre los dos esposos era cuando se recibían cartas de los hijos, del frente francés

tiase orgulloso, cuando tropezaba con frases como éstas:

“Lo único malo aquí es que no nos dan cerveza Hoffman”.

Esto escribía Guillermo, a quien todos llamaban familiarmente Bill, pero su hermano Augusto no había escrito desde dos semanas atrás.

Y ello acabó por embargar el ánimo de Otto y Emma con serios temores.

SILENCIO EN LA FABRICA

Traspasada por el dolor, que se hace más agudo ante lo inapelable, Emma contemplaba algunas cosas pertenecientes a su hijo Augusto, muerto heroicamente, según fórmula de los partes oficiales, y que le habían sido entregadas.

Entre ellas, encontrábase una biblia alemana, y Otto, contemplándola, hizo esta reflexión:

—Una biblia alemana en las trincheras yanquis. Es gracioso.

En realidad, fueron muchos los ciudadanos de Norteamérica que la defendieron con las armas, fieles sólo a los deberes de la ciudadanía.

Abrió la madre atribulada, el libro, y, casualmente, tropezaron sus ojos con uno de los versículos:

“No matarás”.

Y todos quedaron silenciosos, como si cruzase sobre ellos el ángel exterminador de la guerra Europea.

—Así, amigos míos y leales empleados de la cervecería Hoffman, debo decirles que estamos obligados a cerrar la fábrica, hasta que las tropas regresen de Francia. Si alguno de vosotros necesita algún dinero para alquiler o comida, puede venir a pedírmela...

El gobierno había prohibido la fabricación y venta de cervezas, y Otto Hoffman oía quien pronunciaba, conmovido, estas palabras a los obreros de su casa, congregados en el gran patio de la fábrica.

El fragor de las máquinas y los ruidos enmudeció desde aquel momento, y un triste rótulo aparecía sobre las puertas clausuradas:

“Cerrado por orden gubernamental”.

Como todo llega, llegó, cuando ya creíase la guerra interminable, la paz europea.

Cuando regresaron los hombres útiles que habían perdido al marchar sus empleos y su modo de vivir, se encontraban con la recompensa, de no hallar trabajo en su mayor parte, y, sobre todo, los obreros de cervecerías; todas ellas ahora clausuradas.

En el domicilio de Hoffman, hallábanse Bill, que, al con-

trario de su hermano, pudo regresar ileso del frente, y unos compañeros de guerra, que ante el asombro de los padres de Bill, referían sus hazañas heroicas.

Charlie, el más hiperbólico de ellos, narró con todo lujo de detalles los más trascendentes hechos bélicos, y aunque dejaba volar su fantasía, lo único cierto que destacaba en los relatos eran el temple y la gran entereza de Bill.



—La cerveza Hoffman Ambar es lo mejor que se bebe

Gud, uno de los soldados, tan recio de corpachón, como torpe de ingenio y de palabra, preguntaba a cada paso de las narraciones:

—¿Estaba yo allí?

—Sí, pero no te diste cuenta—le contestaba Charlie.

Peró toda la charla guerrera se desdeñó, cuando Bill mos-

traba un tesoro de líquidos entrañas que tenía oculto desde antes de marchar al frente: un barril de cerveza de la mejor marca: Ambar Hoffman, el verdadero néctar espumoso.

Se encontraban entonces juntos casi todos los amigos que coincidieron en las trincheras.

Nails, el antiguo carrero, exclamó con entusiasmo:

—La cerveza Hoffman Ambar es lo mejor que se bebe.

Otro buen compañero, Gud, aquojábase de la cicatriz de su herida:

—Va a flotar, la herida lo anuncia—y recordó cómo de no ser por Bill, su salvador, hubiera perdido la vida en aquel maldito combate.

La llegada de Otto vino a aguar, de momento, la fiesta.

Era el hombre cuyos principios no le permiten discutir ni desobedecer las leyes, y no estaba dispuesto a que en su casa se bebiese cerveza, no siendo el líquido aguada que el gobierno permitía consumir.

—No se beberá aquí—dijo. La ley me ecró la cervecaría, y quiero que se cumpla la ley.

Y tuvieron que llevarse el barril lejos del domicilio de aquel paritano.

* * *

En un antro sordido, mezcla de bar y de taberna ínfima, penetraron Charlie, Gud y Joe Nails, y aunque el último les explicó: "Esto es el mejor negocio hoy día", no consiguió que les infundiese confianza.

Dentro, en un lugar apartado, Nails les mostró unos ha-

rriles y algunos objetos para las manipulaciones del alcohol.

Para informar a sus amigos, que creían habérselas con un depósito de cerveza legítima, y no un producto pésimo, fabricado por el mismo Joe, le dijo:

—Es una porquería. Se sacó sesenta dólares al barril. No me negaréis que es un negocio.

Era el principio de un negocio de los que formaron el drama clandestino de la época prohibicionista.

Joe, con un gesto muy significativo, tuvo un aparte con Gud:

—¿Qué harás ahora que no te mantendrá el gobierno? —preguntóle.

—No sé. Ocuparme en buscar trabajo.

—No tienes necesidad. Cuando quieras ven conmigo.

—Estoy contigo.

Y no hubo más que hablar.

Mientras, en la fábrica de Hoffman, proseguía el silencio angustioso, y a pesar del optimismo de Otto que siempre aguardaba una próxima autorización para abrir las cervecerías, todo mostraba el cariz de conservar el mismo estado de cosas inevitablemente.

Bill y su padre recorrían horas enteras las habitaciones y las naves de la fábrica, en eterna penumbra:

—Esto parece la casa de las sombras —exclamaba Bill—. ¿Por qué no ponemos en marcha la fábrica?

Tratábase de lanzar al mercado un remedo de cerveza aguada, que algunos fabricaban y vendían con pingües beneficios.

Otto enfurecíase:

—No digas tonterías. Durante treinta años he luchado por el prestigio de la marca Hoffman, y quiero mantenerlo. Hoffman, agua sucia; jamás. Mi lema es: o buena cerveza o nada.

Y la prohibición seguía vigente, sin que, al decir de los especialistas en estados morales, mejorasen la ética ni las costumbres.

* * *

El sacerdote alarmábase en su plática de los malos ejemplos de la época:

—En este año de 1923 asistimos al hundimiento de la moral. Intemperancia descarada, deshonestidad rampante, libertinaje sin freno, la juventud, esclava del "jazz". La muchacha de hoy es un insulto al sexo. Se viste con los hábitos más impúdicos, se pinta el rostro como una hija de Ixabel...

Todos oían devotamente las acerbas lamentaciones del padre, y mientras tanto, en casa Hoffman, la prometida de Bill, una bonísima muchacha pero de gustos modernos, con arreglo a su edad, escandalizaba en cierto modo, al excesivamente tradicionalista Otto.

—¿Has perdido el cabello? —le preguntaba éste, al vérselo recortado—. Con un pelo tan lindo como era el tuyo. ¿Dónde quedó?

—En la barbería.

—¿Con los hombres?

—¿Por qué no?

—Ya no hay ningún lugar sagrado.

"EL CLAVOS"

¿De dónde venía el apodo "Clavos" con que conocíase a Joe Nails?

Tenía la costumbre de llevar unos clavos de buen tamaño en el bolsillo y jugar con ellos en la mano, para hincarlos, en sus raptos de cólera, en la mesa, mostrador, o mueble de madera que se hallase junto a él.

Joe Nails, no se había resignado a morir en el paro forzoso, como otros que regresaron de la guerra, y sus inclinaciones hacíanle el ánimo propicio para ponerse en contra de la sociedad.

Ahora estaba metido de lleno en "gangsterismo" y regentando una de las bandas más audaces.

Al probar una pistola ametralladora del último tipo construido, decía a uno de sus compinches:

—Suena como una máquina de escribir.

Y tenía razón. Aquel tableteo era algo semejante al teclear de la dactilógrafa.

Precisamente en aquellos momentos, la dactilógrafa de la

casa Hoffman, escribía una circular redactada por Bill, con destino a los antiguos clientes:

"Tengo el gusto de anunciarles que la cerveza Hoffman Ambar Sencilla ha venido casi a substituir la famosa Ambar que se fabricaban en época anterior".

Contra todos los deseos de Otto, pretendíase elaborar el "agua sucia", contraria a toda moralidad comercial.

Hablando de esto encontrábase los Hoffman, en el instante en que se presentó Joe Nails, con el camarada Gad.

Traía el primero un aire fanfarrón y su pergeño elegante y cuidado denotaba al hombre a quien le sonríen los negocios.

—¿Les he interrumpido?—preguntó Joe.

Bill interrogó a Gad a su vez:

—¿Qué haces, hombre?

—Pues por ahí, con "Clavos".

—Así me llaman—explicóles Joe Nails.

Otto creyó darle buenas esperanzas, prometiéndole:

—Cuando las cosas se pongan bien, volverás, ¿eh?

—No vengo por trabajo; vengo a comprar la fábrica.

—¿Comprar? ¿Tú?

—Por un Sindicato... Tenemos cuatro cervecerías.

Ante la creciente estupefacción de los Hoffman, añadió "Clavos":

—Aquí tienen un cheque por diez mil dólares.

Signió una áspera discusión entre el antiguo carrero y el fabricante, en la que el último invocó, insobornable, "el nombre de la ley", y el primero aseguró:

—Esta fábrica será mía; si se porta bien, le haré vigilante.

* * *

En los festejos callejeros, con columpios, farolillos y "cahallitos" giratorios, encontráronse Bill, Charlie y Mud, que guardaban la añeja amistad de las trincheras.

Los tres con sus respectivas parejas; Bill con Elsa, Charlie con Miss Case, la que llamaba su taquimeca, y Mud con Miss Blakt, a quien presentó:

—Mi... Tesorera.

Después de reír y bromear con toda la euforia lógica de la gente joven, Charlie propuso a sus amigos:

—Esperad, que vamos todos al Club de "Clavos".

Bill declaró con toda formalidad:

—No puede ser, porque esta noche nos casamos.

—¿Os casáis? Esto es diferente. Felicidades, hombre.

Al separarse de los amigos, Elsa preguntó a Bill por qué había dicho tal cosa, y éste contestó:

—¿Ves aquel callejón? Está desierto.

Y en el callejón, fuera del área de mirones indiscretos, se cosieron materialmente los labios en un largo y fortísimo abrazo.

Un "policeeman" les despertó de aquel "letargo":

—Cada cosa en su sitio. Siguen inmediatamente su camino.

Claro que el casamiento de Bill no coincidía con su época de prosperidad, y por ello, a solas con su mujercita, se lamentaba del negro horizonte económico que se atisbaba.

—Esto va cada vez peor—se lamentaba—. He perdido hasta la camisa.

—¡Qué lástima! Habrá que buscarla.

—¡Oh! Esta crisis...

—No hay crisis de besos—dijo ella, y lo demostró prodigando los suyos a aquel marido que adoraba.



Un "policeeman" les despertó de aquel "letargo".

Y, mientras tenía lugar esta escena de tranquilo amor conyugal, no muy lejos de allí, "Clavos" probaba su nuevo automóvil blindado.

Hicieron que subiera en él una linda muchacha, que ilusionábase con la perspectiva de futuras excursiones en aquel coche lujoso, y con la carabina ametralladora dispararon sobre él una rociada estrepitosa de proyectiles.

A la pobre chica sacáronla medio muerta del auto, pero los impactos sin perforar las chapas, eran una innegable garantía.

Joe exclamó amenazador:

—Voy a necesitarlo. Ahora verán quién es el "Clavos".

¡ROOSEVELT!

Decaía el ánimo entero de Otto Hoffman ante lo interminable de aquel periodo inactivo, y con infinita tristeza se lamentaba ante su esposa de la cada vez más difícil situación:

— Dicen que la fábrica ya no es bastante garantía. Se trata de vender la fábrica o la casa. La casa nunca, ¿no te parece, Emma?

— Sí, venderemos la casa. Es demasiado grande y hay corrientes terribles...

—Volveré a comprártela, Emma. ¿Sabes lo que dicen en Washington? La prosperidad está cerca.

El optimismo que ya sólo era un soplo débil en el ánimo de Hoffman, alguna vez había de tener fundamento.

La campaña electoral arreciaba hasta lo inenarrable, y

manifestaciones como aquella de los 100.000 sedientos, con el alcalde Walker al frente, al grito de "queremos cerveza", eran los preludios del desenlace.

Por fin, la noticia formidable propalóse por los Estados Unidos.



Hicieron que subiera en él una linda muchacha...

"Los resultados de 41 distritos electorales dan a Hoover 21.612 votos; a Roosevelt, 82.720".

Y también:

"Mr. Hoover concede la elección del gobernador Franklin D. Roosevelt, para futuro Presidente"...

Era, ni más ni menos, que la vuelta de la cerveza.

—¿No lo decía yo? —gritaba Otto—. ¡Bill, Elsa, Emma! Y aquel mismo día se destruyó un barril de la buena,

de la Hoffman Ambar, tan acreditada, y en torno a él, cantaron, bailaron, casi lloraron los Hoffman de alegría.

Poco después, en la fábrica se oía nuevamente el trepidar de las máquinas y el bullir de la nutrida colmena de los obreros.

Los camiones, abarrotados con la carga máxima, dispuestos para el reparto de los infinitos pedidos. Y Charlie, conductor de uno de los vehículos, gritaba al hijo de Otto, antes de salir:

—¡Cerveza Ambar! ¡Prefiero beberla a repartirla!

* * *

Los gangsters, con representación de casi todos los Estados, habíanse reunido para fijar sus normas a seguir, en vista de la gravedad de las circunstancias que significaba para ellos la autorización de Roosevelt.

Hablaron enviados de los Angeles, Detroit, Chicago, Filadelfia, etc., y todos coincidieron en que no había por qué amilanarse y en que su actuación sería ahora más intensa que nunca.

En general, después de aquella asamblea, lo decidido era, en síntesis, la propuesta del representante de Chicago:

—No se servirá un vaso de cerveza sin nuestra autorización.

Es decir, que o los fabricantes doblegábanse a pagarles grandes primas, o no permitirían que se consumiese las marcas de la cerveza legítima.

El de Filadelfia fué quien apuntó:

—Algunos cerveceros son gentes de campanillas...

Y Nails preguntó con acento muy significativo:

—¿Cómo arregláis a éstos en Filadelfia?

Terminada la reunión, "Clavos" fué a ver a Otto Hoffman:

—Venía a ofrecerle mi ayuda.

—No la necesito; los bancos me dan todo el dinero que quiero...

—Hacer cerveza no es lo mismo que venderla.

No hubo medio de entrar en negociaciones con aquel viejo de criterio honradamente inflexible, y Joe, al marcharse, le lanzó este reto:

—Ya cambiaré de idea.

E hincó uno de los clavos que siempre llevaba en el bolsillo, en la mesa.

También Gud, que, como se sabe, salvó su vida en el frente gracias a Bill, y que no dejaba de apreciarle, abordó a éste con las mismas proposiciones que "Clavos".

Sentados, vis a vis, en el bar, Gud preguntóle:

—¿Pensáis seguir?

—Claro que pensamos seguir.

—¿Sin ayuda?

—¿Ayuda de quién?

—Yo pregunto.

—Con la ayuda de la fábrica Hoffman.

—¿La última palabra?

—Sí, hombre, la última palabra.

Al poco llegó Joe, y quejóse a Bill de que era imposible entenderse con su padre.

Bill le contestó agriamente, y "Clavos" le echó en cara:

—Cuando vino la prohibición, os agachasteis como gallinas.

—Tienes mucha labia.

—Tengo labia y hechos.

—Dile a tu pandilla que se ande con cuidado.

Iban a lanzarse uno sobre otro, pero se contuvieron en actitud de reto.

Y Joe hincó con fuerza uno de sus clavos en la tabla de la mesa.

EL PROCEDIMIENTO DEL TERROR

Ahora los "gangsters" seguían el sistema de ejercer toda clase de coacciones sobre los vendedores de la buena cerveza, sobre todo, de la Hoffman, cuya casa habíase negado a "protegerlos".

Atemorizaban a los que despachaban en su establecimiento esta bebida, y no era raro que el automóvil blindado de Joe pasase frente a uno de dichos bares, ametrallando y destruyendo cuanto existía de valor.

El cerco a la casa Hoffman se estrechaba más y más.

El propio maestro cervecero, Emil, trató de dejar la fábrica ante la amenaza de muerte que pesaba sobre él.

Encontró en un neumático de su coche uno de los clavos de Nails, y lo mismo había sucedido con otros veinte empleados de la fábrica.

Emil, por fin, cedió a la añeja amistad con Otto, y terminó diciendo:

—Está bien, Hoffman. Juntos como siempre.

Pero pocos días más tarde, a media noche, llamaban a su puerta para entregarle un telegrama.

Salió, sonaron unos disparos, y... ya no volvió a entrar.

Mientras, los antiguos soldados del frente, compañeros que fueron muchos de ellos de Bill, continuaban casi todos sin trabajo, y dispuestos a apechugar con el más difícil que surgiese.

Slat, uno de los más animosos, habló con Charlie, y éste trasladó en seguida al hijo de Hoffman sus deseos.

Bill accedió de muy buen grado.

—¿Quién más quiere trabajo? Os advierto que la cosa es seria.

Acudieron prontamente todos los compañeros de Slat, y Bill les advirtió a todos:

—El que tenga miedo, puede retirarse ahora, pues para luego sería tarde. Os pido que me ayudéis a salvar la fábrica. El que no esté conforme, puede irse... Y ahora, el que quiera beber cerveza, que pase.

Dentro de la fábrica, con los jarros en alto hubo algo como una juramentación de aquellos hombres que ya sabían lo que es arriesgar el pellejo en las trincheras.

Entonces, la guerra entre dos potencias, los gangsters y un grupo de ex combatientes, estaba declarada.

Viendo el cariz de lucha sin cuartel que tomaban los acontecimientos, Bill aconsejó a su padre:

—¿Por qué no vas a La Florida con mamá?

Pero el viejo Hoffman no dejaba, ahora que el trabajo enardecía de actividad potente la fábrica, la razón de su vida, que era aquel negocio.

MUERTE POR MUERTE

A Nails y los suyos preocupábales hondamente la entrada de los ex soldados en la fábrica, y el peligro de que se organizaran y pusieran en dotes de valor y excelente puntería al servicio de la causa contraria.

Y como el verdadero animador de aquellos muchachos, el verdaderamente irreducible era Bill, "Clavos", dialogó un día con Gad, y después de algunos preámbulos, y a pesar de la pregunta que en un principio hizo éste: "¿No quedarás que lo mate?", Nails, que ejercía sobre él cierta sugestión, decidióse a ir a buscar a Bill, con el revólver presto y el ánimo dispuesto a no vacilar.

Encontró al hijo de Otto en su casa, con una multitud de ex soldados, de uniforme, que, después de un desfile conmemorativo, celebrado aquel día, habíanse reunido para rociar con cerveza la conmemoración.

Pero, no se va fácilmente de la memoria el recuerdo de que se debe a un hombre la vida, y todo lo que hizo Gad se redujo a prevenir a quien iba a ser su víctima:

—¿Sigues aún empeñado en ir contra "Clavos"? Pues guárdate, porque ha mandado uno a matarte.

—¿Por qué no vienes a trabajar conmigo?—le preguntó Bill con afabilidad.

—¡Ojalá—contestó Gad—me hubieses dejado morir!

Porque ahora se hallaba dentro del círculo de Nails y frente a sus enemigos, encañonado desde dentro y desde afuera, sin margen para retroceder.

• • •

En la reunión que celebraban los principales carveceros para agradecer al nuevo presidente de la federación sus esfuerzos contra los gangsters que amenazaban con arruinar el negocio, comentábase ya la tardanza precisamente del homenajeado.

Tardanza extraña en Otto Hoffman, que siempre gozó fama de hombre puntual, y Bill decía:

—Me preocupa. Es la primera vez que llega tarde.

Hoffman no llegó a la reunión porque ya no podía llegar a ningún sitio.

El asesinato se consumó; la banda del "Clavos" había dado cuenta de él.

Al llegar Bill a su casa, Emma, que lo aguardaba, recibió con gran regocijo:



Y la casa, henchida hasta ahora de alegrías hogareñas, se llenó de sollozos.

—¡Papá es presidente! ¡Vamos a celebrarlo!

—Papá no vendrá a casa—contestó con una voz extremadamente triste, su hijo.

—¿Está herido?

El muchacho guardó silencio.

—¿Muy herido?

Bill continuó sin hablar.

Y la casa, henchida hasta ahora de alegrías hogareñas, se llenó de sollozos.

Pocos días más tarde, Bill visitaba al jefe de policía, el cual le hizo ver cómo desde que comenzó la pugna entre los Hoffman y "Clavos", la ciudad había sido infestado de gangsters de todas las provincias.

Bill le recordó cierto coronel a quien llamaron "Coronel Metralla" en el frente francés y que se distinguía por atacar siempre sin aguardar órdenes oficiales.

Y lo hizo porque sabía que este coronel no era otro que el propio jefe de policía.

Entre éste y el hijo del asesinado Otto quedó tácitamente establecido un pacto sin más objeto que dar el golpe de muerte, por medios oficiales o extraoficiales, a los gangsters de la población.

No había entonces nadie en la casa donde habitó el viejo Hoffman, y tres hombres, el "Clavos" y dos compinches, penetraron en el domicilio, que conocían palmo a palmo.

Recorrieron las habitaciones, y ya se hallaban en el hall

para abandonar las pesquisas, cuando entró Emma, vestida con luto riguroso.

Al sorprender a Nails y sus acompañantes no sospechó que nada mal intencionado les llevase allí.

—¿Supo lo de mi esposo?—le preguntó a Joe.

—Lo supe y lo sentí mucho. Veníamos a buscar a su hijo Bill.

—Ya se lo diré.

—Sí, dígame que volveremos.

—Vuelva a vernos otro día.

—¿Ya sabe que compré su casa?

—Muy bonita casa; la queremos mucho.

No bien desapareció Joe con los suyos, bajaba Elsa des-pavorida, que habíase ocultado en un dormitorio, debajo de la cama, y a quien no se le ocultaban los propósitos que trajeron a Nails;

—¡Lo matarán! ¡Lo matarán!—gritaba.

—¿Matarlo?—inquirió Emma.

—Sí; eran de la pandilla del "Clavos".

—¿Que dices?

—El "Clavos" es Joe.

Y Emma profirió:

—¿Conque ese era el secreto? ¡Joe es el "Clavos"! ¡

Elsa gimió:

—Mataron a mi padre, a papá Hoffman, y matarán a Bill.

Entró un compinche en el despacho del "Clavos", el despacho de la casa que perteneció a Otto Hoffman, para anunciarle:

—Ahí hay una señora que quiere verte.

—Házla pasar.

—¿La cacheco?—le preguntó el gangster.

—No seas idiota. Que pase.

Al ver ante sí a Emma, Joe recibióla muy afectuosamente.

Hablaron de la casa, que tan gratos recuerdos guardaba para ella y también de la fábrica, a la compra de la cual aún no había renunciado Joe.

—¿Cuánto pague por la fábrica?—le consultó nuevamente.

—Nada, Joe, nada. Muy cara me ha costado esa fábrica. Emilio, mi esposo... quizás Bill..

—La guerra es la guerra, señora. Alguno tiene que caer.

—No me hable de la guerra: En ella perdí a mi hijo Augusto; fué inevitable. Pero los otros murieron asesinados... por uno a quien llaman el "Clavos". ¿Conoce al "Clavos", Joe?

Oyóse una llamada telefónica.

—Aguarde, ahora hablaremos.

En la parte del diálogo telefónico que correspondía a Nails, se notaba que tratábase de suprimir a alguien de mucha importancia, y que no podía ser otro que Bill.

—Esperadme a mí—dijo "Clavos"—. Saca el coche; los tenemos acorralados. Quiero cuatro hombres y que Mick guíe... No, las ametralladoras... Ahí voy en seguida.

Los ojos de Emma con una mirada de acero, claváronse en Nails. En su mano, de pulso ahora seguro, un revólver encañonó al gangster.

Apenas tuvo tiempo éste de hacer un gesto de asombro, porque el arma disparó, y Nails levantóse un momento sobre las puntas de los pies y cayó de bruces con el pecho stravesado.

Mientras, los "gangsters" que aguardaban los camiones de la casa Hoffman, aunque algo desconcertados porque su jefe no contestaba a las llamadas por teléfono, penetraron en la fábrica.

—¡Arrimarse a la pared!—gritó a los empleados uno de los bandidos.

Pero he aquí que de dentro de los camiones salió, súbitamente, una legión de obreros, que hallábanse ocultos detrás de los barriles.

Eran todos los ex soldados, ahora al servicio de la fábrica.

Entablóse una lucha épica, donde las armas de fuego apenas eran útiles por el hacinamiento de los que peleaban.

Los ex combatientes sacudían con tal denuedo, que muy pronto los gangsters, a pesar de defenderse a la desesperada, comenzaron a perder terreno.

Un "policeman" acercóse a la puerta de la fábrica y preguntó:

—¿Qué pasa aquí?

Y uno de los soldados repuso:

—Nada; estamos exterminando ratas.

Aquella acabó con la derrota completa de la banda, cuyos componentes eran transportados en volandas hasta los camiones, que en seguida encargárianse de trasladarlos a otro sitio.

—¡A la cárcel con ellos!—exclamó Bill.

E inmediatamente era cumplido su deseo.

HOFFMAN E HIJO

En cuanto a la muerte del "Clavos" no se hicieron muy concienzudas pesquisas, ya que el comisario, el antiguo "coronel Metralla", no quiso conceder importancia a ninguno de los indicios.

Incluso al hallar la Biblia que Emma se había dejado sobre la mesa de Nails, el "coronel" explicó en seguida el hecho:

—El "Clavos" sería religioso, o, como los Hoffman vivían aquí, se les olvidaría ese libro. Bien; se acabó. El crimen cometióse por unos desconocidos.

A Emma costaba trabajo convencerla de que no tenía motivo para abrigar ningún remordimiento, y sólo la vida al mundo de un fruto del amor de Elsa y Bill, traído como una alegre claridad, disipadora de todas las sombras pasadas.

Bill contemplaba, atrevido, al bebé y decía:

—Serás Otto Augusto Hoffman en persona. ¡Hoffman e hijo! ¿Qué te parece, Elsa? ¡Cuando la fábrica sea suya, que grande será!

Y los esposos sonreían mientras los ex combatientes cantaban sus canciones de la guerra que pasó como una pesadilla, y entre ellas la canción alegre del trabajo.

La marca Hoffman produce a razón de más de mil batallas diarias.

FIN

Números publicados:

1. LA EMISORA FANTASMA, por Ralph Forbes.—2. POR QUÉ TE QUIERO, por Nancy Carroll y John Boles.—3. DUREO DE PELAR, por James Cagney. Mary Brian.—4. CEN-TRAL PARK, por Joan Blondell, Wallace Ford.—5. ASI ES BROADWAY, por Ginger Rogers, Joan Blondell, Ricardo Cortez, etc.—6. EL DEMOLEDOR, por Jack Holt.—7. LA DAMA DEL AVION, por James Murray, Evelyn Knapp, etc.—8. PALACIO FLOTANTE, por George Brent, Zita Johann, etc.—9. SE NECESITA UN RIVAL, por George Arliss, etc.—10. EL ABUELLO DE LA CRIATURA, por Stan Laurel y Oliver Hardy, etc.—11. HOOP-LAI, por Clara Bow, Richard Cromwell, etc.—12. NOCHES EN VENTA, por Herbert Marshall, Sam Marshall, etc.—13. MADISON SQUARE GARDEN, por Thomas Meighan, Marion Nixon, etc.—14. ¡HOLA, HERMANITA! por JAMES DUNN, BOOTS MALLOY, etc.—15. LA LEY DEL TALION, por Spencer Tracy, Claire Trevor, etc.—16. MURALLAS DE ORO, por Rosita Moreno, Norman Foster, etc.—17. LA LOCURA DEL POLAR, por Walter Huston, etc.—18. POR UN BESO, por Georges Milton, Tania Feder, etc.

Distribución para España:

Sociedad General Española de Librería,
Diarios, Revistas y Publicaciones, S. A.
Barbuda, 16.-BARCELONA :- Evaristo S. Miguel, 11.-MADRID

EDICIONES BISTAGNE

PASAJE DE LA PAZ, 10 BIS
TEL. 18841 - BARCELONA
